

lidad! ¡Usted es la materia, la materia inerte y pasiva; yo soy la fuerza, la idea, la actividad, el genio!

Los hombres de convicción la comunican por irresistible manera. La fogosa perorata de Onarro, si bien en ciertos respectos no muy lisonjera para mí, fué bastante para amenguar mis recelos é infundirme aliento, haciendo que aquella empresa, de la cual no sabía una palabra, se me ofreciera con risueño aspecto. Sin embargo, sucedíame lo que á todo ignorante; y era que se me figuraba que si Onarro me exponía sucintamente sus planes, desde luego iba yo á entender muy bien hasta qué punto eran realizables y positiva la ganancia que brindaban. Así fué que, sacudiendo la cabeza, como aquel que no quiere darse por convencido, repliqué:

—Sin duda, señor D. Félix, usted ha de ser aquí el hombre célebre, y yo el zascandil que se satisface con llegar á archi-millonario; pero con todo eso diera un ojo de la cara porque usted me indicase algo de en qué consiste ese nuevo vellocino de oro. Aunque materia inerte, confieso que me punza la curiosidad; y si por malos de nuestros pecados saliese frustrado el ensayo, y en un decir Jesús nos fuésemos al otro mundo, no marcharía tranquilo ignorando por qué causa ó por qué efecto nos despedimos de éste.

—¿De suerte que á toda costa quiere usted saber en qué se ha metido?

—Sí señor. Al menos ese consuelo tendré.

Echó Onarro á andar de nuevo hacia el gabinete y tumbóse en la poltrona mirándome de hito en hito. En la diestra empuñaba las tenazas de la chimenea, removiendo ó atizando de tiempo en tiempo los inflamados carbones. Así permanecimos unos minutos; él caviloso y sin descoser la boca, yo sin atreverme á despegar los labios ni á respirar casi.

Al fin rompió el silencio el profesor preguntándome con aparente descuido:

—¿No ha oído usted por ahí comentar algo de lo que he venido á hacer á este pueblo? Aunque yo no estoy muy al corriente de cuanto se murmura y charla, las habladurías de la criada me han revelado que la gente figonea mis pensamientos, palabras y obras. ¿Qué ha entreoído usted en los corrillos?

—A Roma por todo,—pensé:—cuando lo pregunta, querrá saberlo. Señor D. Félix—dije en voz alta,—usted es una persona tan ilustrada, que de fijo no se ofende porque le sea franco y sincero.

—Al contrario. Exijo, reclamo de usted ambas cosas: franqueza y sinceridad.

—Pues señor, las personas instruídas, la gente formal, piensa generalmente que usted está aquí ejerciendo su cátedra y dedicándose... pues... á estudiar mucho, y á hacerse más sabio de lo que es aún, y acaso á algún descubrimiento ó mejora,

vamos, de eso de química ó de física. Pero el vulgo... ¡ya ve usted! como siempre explica las cosas de la manera más extraordinaria y más imposible... ha dado en decir que es usted brujo, que tiene pacto con Lucifer, que anda usted buscando la piedra filosofal... Y no crea usted: aun personas inteligentes y graves, ó que por su profesión y doctrina debieran serlo, no andan exentas de cierta sospecha y escozorcillo. Por supuesto que yo no he creído nunca una palabra de tales invenciones.

Diciendo iba esto con aire de persona muy experta, y guiñando á la vez un ojo, sin acordarme de que poco tiempo hacía confesara mi supersticioso temor á duendes, á apariciones, á todo lo extra-natural. Pero en aquel instante gustábame darme barniz de *espíritu fuerte*.

—¿Con que usted no creyó nada de eso?—interrogó Onarro.

—Nada, no señor. ¡Tales dislates! Me río y me burlo y hago chacota de todos cuantos me tocan esa conversación.

—Bien; usted no lo creyó. Y dígame por su vida: ¿qué entiende usted por *buscar la piedra filosofal*?

—Yo le diré á usted... He oído muchísimo de eso: pero de seguro que ahora no me acordaré y no podré explicarlo con sus pelos y señales... Me parece, si no me engaño, que es que allá hace muchísimos años había unos hombres que se pasaban la vida estudiando y devanándose los sesos y que

mándose las cejas, revolviendo libretos de conjuros, exorcismos y fórmulas mágicas, derritiendo ingredientes y metales en retortas y alambiques, para conseguir fabricar una cosa, un guijarro ó unos polvos, que llamaban *piedra filosofal*... En resumen, que con aquella piedra curaban todos los males, y alargaban la vida, y remozaban á los viejos, y las peladillas de arroyo las trocaban en oro purísimo... Mire usted, aun el maestro de escuela de un lugar cerca de mi casa, anduvo, por más señas, discurriendo cinco años en cómo se haría la tal piedra, y qué especies y condimentos se han menester para sazónarla: unos libretos antiguos que heredó de la biblioteca de un tío cura le sorbieron el seso hasta tal punto, que al cabo de los cinco años no halló la piedra, pero sí una celda en un manicomio, donde muy á su sabor continúa con sus investigaciones. Ello dicen que la dichosa piedra, no obstante andar tan buscada, no pudo encontrarse; ó que si alguno dió con ella, se fué con el secreto al otro barrio.

Oyó Onarro mi docta aclaración, atendiéndome mucho y sin perder sílaba; y cuando hube terminado, lentamente, pero con energía me preguntó:

—Y dadas tales premisas, ¿se puede saber por qué califica usted de patraña el que yo me consagrare á encontrar lo que tantos hombres eminentes de la Edad Media han pedido á sus vigiliyas y afanes?

—¡Ciertos son los toros!—pensé afligido para mis adentros.—¡No tiene cabal el juicio! ¡Eran verdad las mentiras que se contaban!

—¿En qué se funda usted—prosiguió Onarro con la voz de acero, penetrante y clara, que en ciertos momentos tenía,—para relegar á la región de los sueños y de los imposibles un descubrimiento tras el cual anduvieron constantemente los alquimistas, gente al cabo estudiosísima y familiarizada con los misterios de la naturaleza, por espacio de tantos siglos; falange donde cada uno valía tanto como usted y todos juntos más que usted? A ver, ¿tiene usted alguna razón seria, verdadera, para negar *a priori* la posibilidad de la piedra filosofal?

—¿Qué razón he de tener, pecador de mí?—repliqué humildemente. ¿No sabe usted, señor don Félix, que así entiendo yo de estas cosas como de estañar calderos?

—Pues, amigo—repuso el singular interlocutor mudando tono,—es lo bueno que sin entender, ha acertado usted en algo, en mucha parte. Su instinto, en cierto respecto, le ha servido de infalible guía.

—¡Ya lo dije yo! Eso de fabricar un elixir con el cual en un periquete se vuelva muchacho el mismísimo Matusalem, tendría bemoles!

—Es un sueño calenturiento.

—¡Y eso de curar todos los males como por ensalmo!

—Delirio.

—¡Y evitar la muerte y quedarse como el Judío errante!

—Quimera.

—¡Pues digo lo de trocar las chinas de la calle en monedas de cinco duros! ¡ni Jauja!

—Alto, amigo. No se exprese usted con tan magistral desdén. Cuidadito.

—¿Cómo, señor don Félix? ¿qué dice usted?

—Digo que se guarde de declarar imposibles cosas que, acaso, cuando menos se percate, hallará realizadas.

—¿Habla usted formal, señor don Félix?—grité yo saltando en la butaca y mirándole atónito, presa de emoción vivísima y temeroso de alguna nueva ironía que me cortase el paso.

—No gasto chanzas de ninguna clase.

—Perdóneme usted que me impresione, que dude... porque es tan inaudito, tan admirable, tan increíble ese supuesto...

—¿Se le despierta á usted la curiosidad científica? Malo, malísimo. Yo le he elegido á usted y he puesto en usted mis miras, porque me pareció un costal de paja, incapaz de soñar nunca en apropiarse ni la centava parte de la gloria que me corresponde; si ahora salimos con que es usted racional y pensador, y con que pueden conmovertle á usted estas cosas, mal negocio.

—Señor don Félix, no crea usted que es la par-

te científica lo que á mí me llama la atención, y me entusiasmo y arrebató: no señor; lo que me hace á mí tilín son los millones, ¡qué digo millones! los billones y cuatrillones y sextillones que puede adquirir un hombre que tenga la habilidad que usted dice de volver las losas en barras de oro! Mire usted que de esa manera se podía uno hacer en menos que canta un gallo una renta... vaya, me quedaré corto... así, de unos trescientos mil pesos diarios, que vienen á ser por hora...

Y me puse á contar por los dedos. Onarro callaba.

—¡Qué barbaridad!—continué sin saber moderar mi exaltación:—¡qué barbaridad! ¡qué cosas se podían hacer con tanto dinero! En primer lugar, ensanchar todas las calles de Santiago, que buena falta les hace, y suprimirles los baches, que no tienen pocos... Convidar á comer á todos los estudiantes de leyes, de medicina y del Seminario, y darles Champagne á discreción por espacio de una semana... cubrir de cristales la Ruanueva y la Alameda, para pasear á pie enjuto... Y ahora que está vacante el trono de España, con meterles un mal millón en la mano á cada alcalde, y dos ó tres á cada coronel, y diez ó quince á cada capitán general ó gobernador de provincia, y un billoncejo ó dos á los miembros del Gobierno provisional, sería uno rey sin efusión de sangre y con inmenso entusiasmo... ¡Figúrese usted! Pero usted, señor don Félix,

no debe tener vocación de monarca, según me escucha cabizbajo.

—Estoy pensando,—contestó el sabio sin levantar la cabeza—que en vista de las tonterías que le sugiere á usted la perspectiva sola de tener oro á discreción, quizá voy á obrar mal y á contraer responsabilidad gravísima si se lo proporciono.

—De suerte...—murmuré conmovido y temblando y sin atender á contestar acorde,—que usted cree firmemente que es posible hacer oro de las piedras... ¿Esa es... pues... la empresa que vamos á acometer juntos?

—No, señor.

—¡No!—exclamé más frío que la nieve.

—No, nuestra empresa será menos difícil.

—Yo creí... ¡Vamos, ya me parecía á mí que eso no era posible! porque al fin el oro es oro, y las piedras... piedras.

—No cabe duda... pero mire usted, bien pudiera suceder que... Aunque me parece difícil que en su caletre de usted se abran camino mis explicaciones... haré una prueba. Yo tengo el dón de claridad. ¿Sabe usted de qué está compuesto el universo físico?

—Pues claro está... de los cuatro elementos, aire, fuego, agua y...

—¡Y... y explique usted para esto!—gritó Onarro.—¿Qué, ha olvidado usted una cosa tan sencillísima, que le enseñé mil veces en clase? Le hacía,

en verdad, torpe y desmemoriado; pero no hasta ese punto inverosímil. Recordará usted que les dije que la química ha reconocido actualmente hasta sesenta y cinco cuerpos ó sustancias simples, cuyas diversas combinaciones forman los componentes todos del Universo.

—Sí, me parece que voy haciendo memoria...— dije yo sin recordar miaja.

—No podemos asegurar—continuó Onarro—que esa cantidad de cuerpos simples sea definitiva. Puede acontecer que se descubran, como en efecto se han descubierto, algunos nuevos, y puede suceder que, mejor analizado uno de los antiguos, resulte compuesto de elementos conocidos ya. De suerte que el número setenta y cinco está sujeto á aumentar ó á disminuir.

—Justo—aprobé yo muy serio.—Confieso que en aquel momento me fijaba muchísimo en la explicación, apretando el intelecto cuanto podía.

—Ahora bien; los químicos nos preguntamos á cada instante: ¿habrá realmente en el Universo setenta y cinco especies diferentes de materia? ¿Existirá un número dado de cuerpos intrínsecamente distintos, irreductibles, insolubles los unos y los otros? Y muchos de los químicos más eminentes, entre ellos Cauchy y Ampère, que son dos lumbreras, responden: No, es imposible que se dé esa cantidad de materiales sustancialmente diversos: eso no es más que una apariencia, un efecto de la

distinta colocación y agrupamiento de los átomos, único elemento verdaderamente simple, indivisible inalizable, irreductible y primitivo que se presenta en el Universo.

—¿Eso dicen?—interrogué yo.

—¿Ha echado usted también en olvido los ejemplos que puse, á fin de explanar la teoría?

—Haga usted como si nunca los hubiese puesto.

—Para probar que dos cuerpos absolutamente idénticos, según demuestra el análisis con evidencia, pueden ofrecer propiedades que los hagan aparecer diversísimos, cité el fósforo. El fósforo es un cuerpo blanco, luminoso en la oscuridad, muy inflamable, con olor fuerte y penetrante y en extremo venenoso. Pues caliéntelo usted en un vaso cerrado, y se encontrará con un cuerpo rojo, opaco en la oscuridad, poco inflamable, inodoro y sin veneno alguno. ¡Ya ve usted si al parecer se diferencian estos dos estados! No obstante, lo repito, el análisis prueba que es exactamente una misma cosa la de antes y la de después. Sólo se han alterado sus propiedades físicas. Lo propio pasa con el agua, que es cuerpo compuesto. ¡Considérela usted mudándose del estado de hielo al de líquido y al de vapor! Sin embargo, siempre es la misma combinación: dos átomos de hidrógeno por uno de oxígeno. El silicato de potasio es líquido; con todo, es idéntico al cristal sólido. Aun les puse á ustedes en cátedra, y podría ponerle á usted ahora infinitos

ejemplos más, y todos igualmente sencillos é inteligibles. Pero usted no atendería ó estaría pensando en las musarañas.

Yo no protesté, porque el trabajo mental de ir entendiendo aquellas cosas tan obvias y claras me tenía medió atolondrado.

—Ahora bien—prosiguió Onarro.—Estas y otras razones que usted no necesita, nos conducen como de la mano á suponer que, en realidad, no existe más que un género de materia, una sola sustancia. Los átomos agrupados entre sí de diversas maneras en los cuerpos simples, y formando cristales elementales pequeñísimos, constituirían esta ó aquella sustancia simple, según el número de átomos del cristalillo elemental, su posición, su movimiento, etc. Así sucede con las fichas del dominó, que colocadas de un modo hacen una torre, de otro un reducto, de aquél una muralla almenada... No habiendo, pues, diferencia sustancial en la materia, quién duda que, por ejemplo, el plomo y el oro, son una misma sustancia bajo formas diversas. La ciencia en su estado actual no conoce razón alguna que pueda calificar de imposible y absurda esta hipótesis. Los antiguos aristotélicos solían decir que la materia es indiferente á las formas. ¿Qué necesitaríamos, según esto, para transmutar los demás cuerpos en oro? Poca cosa en verdad. Bastaría con que así como analizamos, disecamos y descomponemos los cuerpos compuestos, reducién-

dolos á su más sencilla fórmula, á la mínima expresión, pudiéramos hacer otro tanto con los simples. Una vez traídos á su originaria situación de meros átomos elementales, era asunto no más que de ponerlos en condiciones de cristalizar formando las moléculas especiales del oro.

—Y siendo esto tan fácil, Sr. D. Félix de mi alma, ¿por qué no lo hace usted?—exclamé impaciente, con afán vehementísimo.

—¡Fácil! ¿Cuántos siglos transcurrirán quizás antes de que la paciencia y el estudio del hombre alcancen á aplicar en toda su extensión estos principios que he indicado? ¿Quién será el genio que el destino señala para que los complete, desenvuelva y perfeccione? ¿Quién el ilustre inventor de los instrumentos delicadísimos y mil veces más exactos que relojes, que nos consientan profundizar la estructura íntima de los cuerpos? ¿Sabe usted, desdichado, que los átomos son una cosa que no tiene tamaño ni peso apreciable; que son el último grado de división de la materia; que se ocultan absolutamente, no ya á los sentidos, sino á los aparatos que centuplican la energía de los sentidos; que la fragmentación de estas partículas es casi infinita? ¿Sabe usted que si los átomos contenidos en una gota de agua del grosor de un guisante se trocasen en granos de arena, un convoy continuo de camino de hierro marchando con una rapidez de treinta y seis kilómetros por hora necesitaría

más de dos millones y medio de años para transportar esa arena? ¿Qué si se quisiera calcular el número de átomos metálicos contenidos en una cabeza de alfiler de á ochavo, separando cada segundo con el pensamiento mil millones, tendríamos que repetir tal operación por espacio de doscientos cincuenta y tres mil seiscientos setenta y ocho años para llegar á la cuenta justa?

—¿Cómo diantres habrán averiguado eso?—pensé para mí, mientras en voz alta decía—¡Canastos!

—Y advierta que estoy hablando de los átomos de la materia ponderable, que si me refriese á los del éter, cuya sustancia pensamos que sea la misma, pero infinitamente más afinada y ténue... La imaginación se pierde. Por lo indicado, ya ve usted que hay camino que andar antes de resolver á fondo tantos enigmas; y quién sabe si jamás...

—Lo que yo voy sospechando, Sr. D. Félix—murmuré ya mareado—es que con todas esas maravillas, laberintos y portentos, yo me quedaré como estaba, porque usted, por lo visto, aunque cree posible, factible y corriente lo del oro hecho con pedruscos y cantos, no sabe cómo manejarlas para conseguirlo, y viene á ser igual que si lo declarase imposible desde luego.

—Nunca alcé mi osado pensamiento hasta tratar de resolver lo que hoy por hoy permanece insoluble. Ya he dicho á usted que nuestra empresa era más fácil.

—Y también, de seguro, menos fructuosa, menos suculenta, menos...

—¡No, no!—gritó Onarro descargando con la tenaza un fuerte golpe sobre los carbones de la chimenea, y haciendo saltar multitud de chispas, que un momento formaron á su calva cabeza fantástica aureola.—¡No, y mil veces no! Por desdicha mía, y fortuna de usted, la empresa será todo lo lucrativa posible, pero más hacedera y llana, y por ende menos gloriosa. ¿Lo oye usted bien?

—De modo que... ¡Ay, Sr. D. Félix! Repita usted eso. ¿De modo que es así... cosa tan rodada?

—Sí, porque no tratamos de transmutar un cuerpo simple en otro cuerpo simple, sino pura y sencillamente de hacer pasar un cuerpo mismo de un estado á otro diverso. Por las sucintas, groseras y elementalísimas explicaciones que dí á usted, notará que de lo primero á lo segundo media tanta distancia como de beberse un vaso de agua á sorber el Océano.

—Ya, ya—aprobé yo como el que va entendiendo.

—¡Será usted rico, hombre, si sale vivo! no lo dude; será usted un poderoso de la tierra. Venga acá. ¿Conoce usted por casualidad lo que es un diamante?

Estremecíme, y repentina luz iluminó mi mente.

Sin embargo, mis ideas confusas no me alcanzaban para entender bien todas las revelaciones

y todas las promesas encerradas en la pregunta. Además, mis conocimientos en pedrería eran bastante imperfectos.

—Diamante...— balbué. —Sí, me acuerdo de que un día en que Pastora estaba vistiendo y aderezando á la Virgen del Amparo, de quien es camarista, con alhajas que le prestaron las señoras de R..., me enseñó una gran piocha de prender en el pecho y unas arracadas largas, todo ello hecho de unas piedras blancas que brillaban muchísimo, y me dijo: «¿Ves esto que parece vidrio? Pues es un vidrio que valdrá por ahí dos ó tres mil pesos.» Aun se me figura que estoy viendo las joyas... resplandecían como estrellas. Después he reparado otros brincos modernos con piedras del mismo jaez, en el escaparate del platero Lorenzo, y en los de los Cordobeses que vienen aquí en la temporada del Corpus al Apóstol.

—Pues mire usted, si yo tuviese en mi poder esa piocha y arracadas de que usted habla, y pudiese someterlas á un grado de calor determinado, ¿sabe usted lo que sucedería? Las piedras se irían enturbiando, luego poniéndose negras, luego hinchándose... hasta convertirse...

Onarro se levantó, abrió el mueblecillo situado al lado de la chimenea, y cuyo destino era guardar el combustible, metió en él la mano, y sacando un pedazo de carbón me lo puso ante los ojos, diciéndome:

—¡En esto!

—¡En esto!— repetí pasmado y un tanto incrédulo.

—En esto mismo. ¿Lo entiende usted? En esta materia despreciable y vil, que quemo yo así, á puñados, para calentarme...

Y el sabio, perdida ya la frialdad y calma habituales, cogía á manos llenas el carbón y lo arroja á mis pies.

—¿De suerte— dije yo sin la menor intención de burla— que vamos á hacernos ricos quemando de esas piedras para encender después la chimenea?

—O quiere usted hacer jocoso lo que es muy serio, ó es usted el mayor sandío del mundo. ¡No ha comprendido usted aún que lo que haremos será convertir esta ínfima materia sin valor que á toneladas se extrae de las minas, que se encuentra en capas inmensas bajo el subsuelo de Europa, en magníficos, enormes y fúlgidos diamantes!

—¡Diamantes!— repetí yo como fascinado por la oriental palabra.

—Sí, diamantes. Lo que está usted oyendo.

—¿Pero eso se ha de hacer... calentando?...

—El cómo se ha de hacer, ni le importa á usted, ni tengo para qué explicárselo, ni lo entendería aunque pensase el magín toda la vida... El cómo es cuenta mía, mía enteramente. Harto le he aclarado, para que al fin viniese á quedarse tan en

ayunas como estaba. Ahora, usted no tiene que ocuparse sino en tres cosas: la primera callar como ha jurado, es decir, como un muerto; la segunda confesarse y disponer su testamento, si tuviere de qué; la tercera presentármese aquí, preparado á toda contingencia, pasado mañana al rayar el día. ¿Esta usted dispuesto?

—Sí, señor—contesté resueltamente.—Pasado mañana, al amanecer, me tendrá usted aquí. Yo no sé si hago un disparate, si me meto en un berengenal del que haya de salir con los pies para delante, camino del cementerio; pero ya... ya quiero despejar esta incógnita, y ver si de una vez en la vida dejo de ser pobre, y puedo darme el gusto de regalarle á Pastora una piocha y unas arracadas como aquéllas.

—Escuche usted—advirtió el sabio cogiéndome de la mano, y señalando hacia el pequeño esferamundi, colocado sobre una mesilla no lejos de nosotros.—En el globo que ve usted ahí representado, existen á estas horas muchos miles de seres humanos, cuya vida se pasa en esperar encorvados el hallazgo de una miserable piedra preciosa, oculta en las entrañas del planeta... No crea usted que en ese oficio no arriesgan la existencia; no crea usted que no son tratados como parias, peor que parias, porque el paria tiene el derecho de alzar al sol su faz, y ellos doblan su frente al suelo árido... Ya puede usted, joven, considerarse protegido por

benigna estrella y destino fausto. Usted buscará en Santiago el diamante en mi laboratorio; si hubiera usted nacido en el Brasil, con un poco más de pigmento bajo la epidermis, lo buscaría á puras persuasiones del látigo de un capataz, que no le dejaría acaso hueso sano.

Condújome Onarro hasta la puerta, sin añadir otra palabra. Aturdido, trastornado y con la cabeza hecha una olla de grillos, me despedí, y ya tenía el pie en la calle, cuando Onarro me reiteró paternalmente.

—No deje usted de prepararse á bien morir, por si acaso.

IX

Y decíame yo á la mañana siguiente, entrando, después de una noche de desasosiego y vigilia á cuentas y juicio conmigo mismo, cual un tiempo lo hizo Sancho: sepamos, Pascual hermano, qué com-promiso es el que ha contraído vuesa merced. ¿Ha tratado acaso de alguna gira ó diversión campes-tre, para la cual haya de reunirse con un par de amigos, ó media docena, en un ameno lugar, lle-vando todos sabrosos víveres y golosinas para me-ndar alegremente? No por cierto. ¿Hánle invi-tado á concierto ó sarao, en que esparza el ánimo